

La Voz de Gerona.

Anual, 8 pts.
Semestral, . . . 4 " "
Trimestral, . . . 2 " "

Escolapía 2.-2.º

Periodico defensor de los intereses morales y materiales de esta Provincia.
Se publicará todos los domingos.

NO ESTÁ AFILIADO A NINGÚN PARTIDO POLITICO

0.15 ptas. número

Año VIII

Gerona 15 de Noviembre de 1925

Núm. 324

El "control" de la politica extranjera británica y norteamericana

Por J. RAMSAY MAC DONALD

(Exclusivo de INFORMACIONES para España)

La paz general del mundo y la labor armónica de las naciones juntas deben, por siempre, ser una de las principales preocupaciones de las democracias. El que después de la pasada guerra debamos todos estar armados hasta los dientes, en un vano intento de garantizar la seguridad, originando con ello el que nuestras industrias nacionales estén sobrecargadas de impuestos, a fin de pagar los armamentos, que, como se ha demostrado con tanta fuerza dramática, al ser empleados hasta el máximo no proporcionan bienestar ni tranquilidad a vencedores ni a vencidos, es una de tantas extrañas e irracionales futilidades que toleran las naciones cuando no tienen el valor ni el buen juicio de seguir la ruta que marca el sentido común.

El origen de esta tragedia está en el hecho de que la dirección de todos asuntos extranjeros en la mayoría de los Estados ha sido abandonada a los departamentos extraespecializados y al reducido grupo de hombres que constituyen su plana mayor o que son ministros de Negocios Extranjeros y de la Guerra. De este modo se ha desarrollado una especie de sacerdocio para dirigir los asuntos exteriores, protegido por todas las supersticiones y preocupaciones que atemorizaban a nuestros antepasados de las cavernas. Los Cuerpos diplomáticos se vanaglorian de no saber nada de política ni de opinión pública. En rectitud y celo en el cumplimiento de sus deberes, en conocimiento de su trabajo y en su sincero interés en él, son excelentes. Como servidores y consejeros constituyen una conveniencia y una seguridad, y aquel que no los estima en todo su valor confiesa su propia incapacidad. Pero estos departamentos, sin una opinión pública que investigue con firmeza sus actos tienden a ser una amenaza para la paz. El orgullo que tienen de su eficacia los hace anteponer ésta al interés nacional, aunque mantienen vigorosa-

mente que es el interés nacional lo único que defienden. En este aserto tienen razón; el error está en el hecho de que en asuntos extranjeros las democracias demuestran raramente y de una manera imperfecta cuál es ese interés. La diplomacia, como profesión extraespecializada que vive en un mundo limitado, exclusivamente suyo, y obra fundándose en sus propias nociones del honor nacional, del respeto y del prestigio personales, no puede, en fin, evitar una guerra.

Por ello es por lo que de tiempo en tiempo se proponen nuevas formas de controlar los Ministerios de Negocios Extranjeros, con el fin de mantenerlos en contacto con la psicología popular y las opiniones de las democracias y limitar la autoridad de aquellos ministerios, los de la Guerra y los Almirantazgos, que en algunos Estados es casi soberana.

El sistema norteamericano de ratificación de Tratados por el Senado y discusión y consulta con un Comité de Relaciones exteriores es, con modificaciones, necesario a causa del carácter especial de la Constitución norteamericana, generalmente tomada como base.

Lo que se persigue, en síntesis, es la creación de un Comité consultivo que dejara al ministro de Negocios Extranjeros la responsabilidad de las decisiones, comunicando luego a la Cámara de los Comunes todos los Tratados o instrumentos que impusieran obligaciones al país. De todos modos, no parece probable que la medida norteamericana de absoluta revisión de todos los acuerdos y Tratados con el extranjero pudiera mantenerse en vigor si los Estados Unidos estuvieran más íntimamente relacionados con la política europea, con su dar y tomar y la necesidad de hacer, no el mejor negocio imaginable, sino el que es más factible. Un organismo que no fuera responsable para negociar, pero que poseyera la facultad de destruir, no po-

dría nunca existir en las condiciones europeas.

Lord Bryce escribió atinadamente, cuando se discutieron ciertas objeciones a los poderes del Senado en la elaboración de los Tratados: «La respuesta es, que Norteamérica no es Europa.»

Nuestras necesidades europeas, requieren que, cualquiera que sea la autoridad que tenga el poder de la ratificación final, ha de tener el mismo matiz político que el Gobierno responsable. Esa autoridad suprema no debe ser un organismo hostil al Gobierno ni independiente del Gobierno de tal manera que prive a éste de sus responsabilidades, o, lo que es mucho peor, deje al Gobierno con su responsabilidad y le impida ejercer su voluntad. Su función debe ser más bien ejercitar una libertad de crítica y presión de acuerdo con la opinión pública manifestada. Lo que se necesita es algo que sea un instrumento en poder del Cuerpo electoral más bien que en el de los partidos políticos, para conseguir la finalidad de poner límites al poder libérrimo de los Gobiernos. Esta es la justificación del Comité de Relaciones exteriores, que ya forma parte del mecanismo parlamentario de todos los Estados europeos importantes, excepto el nuestro.

En principios generales es muy de desear que la política exterior no sufra modificaciones cada vez que el país cambia de Gobierno; pero, como he señalado muchas veces, esos principios están sujetos a numerosas excepciones importantes. Suponiendo, por ejemplo que un Gobierno laborista fuera a suceder a otro conservador que hubiese seguido la política de la alianza militar y hubiera contraído obligaciones que pudieran conducir a una guerra, sería el deber del nuevo Gobierno terminar semejante política. Y entonces surgiría el problema de cómo manejar la situación, y la manera de hacerlo serviría para distinguir un ministro de Negocios Extranjeros eficaz de otro ineficaz. Cuando el actual Gobierno subió al Poder introdujo algunas modificaciones sólo para demostrar que era un nuevo Ministerio, y no compartió ninguno de nuestros propósitos progresistas, dando así un mal ejemplo que no debiera ser copiado. Si hubiese existido un Comité consultivo, algunos de los errores cometi-

dos podrían haberse evitado, porque el Comité, al cambiar su punto de vista, pero siguiendo constituido por las mismas personas, tendería a mantener la continuidad de la obra del anterior Gabinete, si bien haciendo las alteraciones necesarias para expresar la diferencia de credo de los recién llegados. El ministro de Negocios Extranjeros no sólo tendría que informar ante el Comité respecto a sus intenciones, y con ello se evitaría que cometiera actos censurables, sino que el consejo que de aquél recibiera, fruto de su experiencia, le sería en extremo útil para trazarse una línea de acción.

A lo que tenemos que dirigir nuestros afanes es a asegurar para la política exterior una inteligente influencia pública, y al mismo tiempo, sin disminuir la responsabilidad de los ministros y Gabinetes, crear algún mecanismo que afronte el hecho de que los Gobiernos bajo las democracias no sólo deben ser responsables, sino también representativos. De responsabilidad se habla mucho; de representación muy poco, y la democracia exige ambas cosas. El Gobierno autónomo no está asegurado cuando el brazo de la autoridad externa está separado del pueblo. Los poderes del Senado norteamericano pueden solamente otorgarse en este país a aquel organismo que cree el Gobierno responsable; pero el Comité de Relaciones exteriores podría muy bien ser introducido en nuestro medio para hacer a los Gobiernos representativos a la par que responsables. (1)

(Prohibida la reproducción).

(1) Debidamente autorizados por «Informaciones» que es hoy día uno de los mejores periódicos que se publican en España, reproducimos el artículo que con carácter exclusivo para nuestro colega, ha escrito el ex primer ministro de Inglaterra y se ha publicado el jueves último.

El nuevo Gobernador Civil de Gerona

Hablando el nuevo Gobernador civil de Gerona señor Rodríguez Chamorro, con los periodistas, dijo lo siguiente:

«Desde luego, quiero que el Gobierno civil sea transparente, que para censurar los actos del gobernador no exista previa censura.

El despacho estará abierto para todo el mundo, cerrado solamente para los intrigantes, a quienes yo no he de escuchar ni atender.

Dos problemas se agitan en este momento. El llamado separatismo y la cuestión de orden público. Ni uno ni otro me asustan. Hace cuatro años que vivo en Cataluña, y cuando voy a Zamora, mi país natal, añoro las incomparables bellezas de esta tierra. Esto les dará idea a ustedes de la devoción que siento por esta región culta y fecunda.

Se que son pocos los ciudadanos que alientan deseos de independencia, y que se ha evocado como un fantasma el separatismo, y, naturalmente, pocos o muchos, he de desplegar todas mis actividades para llevarlos por el buen camino, respetando a todo el mundo, que es el mejor método para que se me respete a mí.

La cuestión de orden público está en el tapete de todas las naciones. He dicho que no me asustaba porque lo conozco y he tenido que tratarlo durante el tiempo que he desempeñado el cargo de comisario de la frontera.»

Un caso excepcional

El Municipio de Foixá se ha dividido en dos por haberse constituido uno nuevo, el de Ultramort, que ya hace años había existido. Correspondiendo Foixá a la primera mitad de los Ayuntamientos del partido judicial de La Bisbal, y Ultramort a la segunda, se ha anunciado por la Audiencia Territorial la renovación ordinaria de los juzgados municipales del primer grupo, entre estos el de Foixá, y se ha omitido el anuncio de la provisión de los cargos de Juez y Fiscal de Ultramort que corresponde al segundo grupo. Así tenemos que a partir del día 1.º de Enero próximo, el distrito municipal de Ultramort, de nueva creación, carecerá de Juzgado municipal y por ende de Registro civil, de Juez y de Fiscal.

Se nos asegura que hace tiempo se ha hecho observar el caso al Ilustrísimo señor Presidente de la Audiencia Territorial y que, a pesar de ello nada se ha resuelto.

Hay que pensar

Muchas, infinitas veces me he preguntado: ¿en qué piensa la juventud de hoy? Y de mis reflexiones sobre esta interrogación, he sacado que no piensa en nada. Y luego, por una explicable sucesión de ideas, se acude a la mente esta otra pregunta: ¿Progresamos? En el verdadero sentido, no. Si se quiere es un progreso material de piedra sobre piedra; pero progreso, en el amplio sentido de la palabra no se vislumbra en ninguna parte. En el Arte se ha llegado a prescindir de la belleza; el Comercio y la Industria amenazan ruina; y en Amor todo es contrato sin comunidad espiritual. El cubismo no es más que una simplificación del arte verdadero, simplificación absurda que prescinde de la eurytmia y del depurado gusto, esas dos condiciones inherentes a toda obra bella cuando ésta se funda, si se quiere tan sólo, en los más elementales principios calológicos. Se reniega en ciertos estudios y peñas del clasicismo de aquella edad llamada de oro porque hay impotencia para producir como aquellos genios del arte. Y esas capitales cosmopolitas que se asfixian con ese hormiguero humano de diverso origen; con ese abigarramiento de lenguas y matices que les dan un aspecto de Babel horripilante, ¿acaso no muestran la crisis del trabajo? ¿Y la abundancia de polígamos no es acaso un síntoma decadente de paganismo?

Y todo lo apuntado, ¿por qué es así? Pulula con una abundancia pasmosa y aterradora la fosilización cerebral. Es mejor la vejez como ruina que piensa, que no un «chalet» con todos los refinamientos modernos. La juventud, como fuerza impulsiva, como arranque de un eslabón ideológico, puede escalar peldaños inverosímiles si piensa en un alto fin. En tanto la senectud, provista de esas magas llamadas prudencia, y experiencia, paso a paso logre encauzarla por los verdaderos senderos de la vida. Los tres ojos de la prudencia mirando al pasado, presente y porvenir, han de enfocar nuestro camino. Cuando se marcha sin ellos el caos es inminente.

¿Y de espectáculos? Música de revista y cuadros al «fresco» con mucha *piernografía* y un palmo de percalina. ¿Es esto arte? No. ¿Es provocación sensual? Sí. Y si a la hora concurrida de los paseos y avenidas andáis por ellos, veréis una ligereza corrosiva que tiene todo el sabor galante de la «griseta» boulevardera, con sus pestañas de *rimmel* y sus acarminalados labios frescos y tentadores como encendida rosa primaveral (?) ¡Oh siglo XX cómo adúlteras incluso la noble prosapia de aquellos que estuvieron encerrados antaño en cofres heráldicos de honor y de patriotismo! ¿Dónde fueron aquellas lapidarias frases ancestrales de honor y palabra empeñada? Hoy día, ¿cuántos serían, que podrían exclamar «todo se ha perdido menos el honor»? Y, sin embargo, la risa estúpida de una vida sin anhelos corona, con la más estólida y humillante befa, el rostro de esos *jóvenes viejos* como un exergo frontal exornado por la insensatez del «Bobo de Coria.»

La frivolidad el afán exhibicionista, el *suobismo* y toda la cohorte pagana de una Mesalina y de un Heliogábalo, discurren, afanosos, del *flirt* y de la *liaison*. Todo es raro y exótico, y la vida misma toma un cariz ambiguo inusitado. En fin, se piensa en todas las atrocidades y en los más estrambóticos desaciertos. Se piensa en lo externo, en lo de fuera, pero raro es el que se recoge en sí mismo con esa comunidad de alma y coherencia que en nuestro fuero interno pronuncian unidos la oración del espíritu y del sentimiento. Todos piensan en lo inasequible y en lo raro; en lo que no han de pensar. Para esto vale más no detenerse en las puertas del entendimiento, porque, pasado el dintel, el vaho corrompido puede sumir a la conciencia en los graves desvelos de una amoralidad gangrenosa.

Hay que pensar seriamente.

Pensar es la oración natural de nuestra alma, oración que deviene en blasfemia cuando se desvirtúa su trayectoria. Consecuentemente se impone la reflexión al establecer las relaciones que en nuestras horas solitarias aparecen claras y precisas, dándonos el producto neto del camino a seguir. Precisamente, porque no se piensa, se anda a ciegas en nuestros caliginosos días.

EMIR LOJUP

Conocimientos útiles

Si se considera con atención la suma de conocimientos que supone la agricultura aún en su mayor rudeza; si se considera la muchedumbre de labores y operaciones que discurrió para excitar la fecundidad, el hombre, y los instrumentos y máquinas que inventó para facilitar su propio trabajo; y como en la infinita variedad de semillas escogió y perfeccionó las más convenientes para proveer a su alimento y al de sus ganados, a su vestido a su morada, y aún a su regalo y vanidad; por último, si se considera la simplicidad de estos descubrimientos y maravillosa facilidad con que se adquieren y ejecutan y como sin maestros ni aprendizajes pasan de padres a hijos, y se transmiten a la más remota posteridad, ¿Quién será el que no admire los portentosos adelantamientos del espíritu humano?

Pero en medio de tan prodigiosos adelantos se descubren por todas partes las huellas de la pereza del hombre y de su ingratitud a los beneficios de su Criador. Tan vano como flaco y miserable, y tan perezoso como necesitado, al mismo tiempo que se remonta a escudriñar en los cielos los arcanos de la Providencia, desconoce los dones que con tan larga mano derramó en derredor de su morada y puso debajo de sus pies. Basta volver los ojos a la agricultura, estado a que le llamó desde su origen, para conocer que aún en los pueblos más cultos y sabios, en aquellos que más han protegido las artes, el de cultivar la tierra dista mucho todavía de la perfección a que puede ser fácilmente conducido. ¿Qué nación hay que, para afrenta de su sabiduría y opulencia, y en medio de lo que han adelantado las artes de lujo y de placer, no presente muchos testimonios del atraso de una profesión tan esencial y necesaria? ¿Qué nación hay en que no se vean muchos terreros o del todo incultos o muy imperfectamente cultivados? ¿Muchos que por falta de riego, de desagüe o de desmonte estén condenados a perpétua esterilidad? ¿Qué nación hay que no tenga mucho que mejorar en los instrumentos, mucho que adelantar en los méto-

dos, mucho que corregir en las labores y operaciones rústicas de su cultivo? En una palabra: ¿Qué nación hay en que la primera de las artes no sea la más atrasada?

Por lo menos tal es nuestra situación; y si olvidando por un instante lo que hemos adelantado volviéramos la vista a lo mucho que nos queda que andar en este inmenso camino, conoceríamos cuánto ha sido nuestra desidia, cuánto el atraso de nuestra agricultura, y cuánta la necesidad de remediarla. ¿Dónde, pues, está la razón de tan grave mal? La Sociedad, prescindiendo de las causas prácticas que ya deja indicadas, halla que en el orden moral solo puede existir en la falta de aquella instrucción y conocimientos que tienen más inmediata influencia en la perfección del cultivo.

Las quejas contra esta especie de ignorancia y descuido son tan generales como antiguas. Muchos siglos há que el gran Calumena se lamentaba en Roma de que habiéndose multiplicado los institutos de enseñanza, para doctrinar los profesores de todas las artes, y aún de las más frívolas y viles, sólo la agricultura carecía de discípulos y maestros; sin tales artes, decía, y aún sin causídicos, fueron felices otro tiempo, y lo pueden ser todavía muchos pueblos; pero es claro que no lo serán jamás, ni podrá existir alguno sin labradores. Con el mismo celo clamaban el moderno Columela, Herrera, el célebre Diego Deza y otros buenos patricios del siglo XVI por el establecimiento de academias y cátedras de agricultura; y este clamor, renovado después de varios tiempos, resuena todavía en el expediente de la ley agraria.

La Sociedad, aplaudiendo el celo de estos venerables españoles, quisiera caminar al término que se propusieron por una senda más llana y segura. Parece que fuera muy vana y acaso ridícula la esperanza de difundir entre los labradores los conocimientos rústicos por medio de lecciones teóricas, y mucho más por el de disertaciones académicas. No las reprueba, pero las reputa como poco conducentes a tan grande objeto. La agricultura no necesita discípulos doctrinados en los bancos de las aulas, ni doctores que enseñen desde las cátedras, o sentados en derredor de una mesa; necesita hombres prácticos y pacientes, que sepan estercorar, arar, labrar, cojer, limpiar las mieses, conservar y beneficiar los frutos, cosas que distan demasiado del espíritu de las escuelas, y que no pueden ser enseñadas con el aparato científico. Pero la agricultura es un arte, y no hay arte que no tenga sus principios teóricos en alguna ciencia. En este sentido la teórica del cultivo debe ser la más extendida y multiplicada, puesto que la agricultura, más bien que un arte es una admirable reunión de muchas y muy sublimes artes.

Ignacio CASAS

Olot, 12-11-1925.

(Continuará)

Imp. Vda. de M. Llach—Gerona